97-84173-13

Hernández Ferrer, Antonio

Mi juicio acerca de la Revolución Mexicana

Habana

1920

97-84173-13
MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD

308
Z
Box 752 Hernández Ferrer, Antonio
Mi júicio acerca de la revolución mexicana; conferencia dictada por el Sr. Antonio Hernández Ferrer en el teatro "Merino" de Villahermosa, Tabasco, México, la noche del 16 de enero de 1920. Habana, López, Prado y Fernández, 1920.
cover-title, 28 p.

477107 ONCY (1)

RESTRICTIONS ON USE: *Reproductions may not be made without permission from Columbia University Libraries.*

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 8-29-97 INITIALS: PB

TRACKING # : 27144

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

Fernando Iglesias Calderon
Embajada de México
Washington.

T.I

MI JUICIO

ACERCA DE LA

Revolución Mexicana

CONFERENCIA DICTADA POR EL

Sr. Antonio Hernández Ferrer

EN EL

Teatro "Merino" de Villahermosa

TABASCO, MEXICO

LA NOCHE DEL 16 DE ENERO DE 1920

308
Z
Box 752

HABANA
López, Prado y Fernández.
Habana 106.
1920.

A los historiógrafos Francisco Bulnes, Fernando Iglesias Calderón y Manuel Mestre Ghigliazza.

NOV 18 1946

308
Z
Box 752

FRANK TANNENBAUM
FEB 12 1938

"Los pueblos no perecen por débiles, sino por viles."

ANTONIO MAURA

Señores:

No vengo ante Uds. a remover, inconsideradamente, las cenizas de un pasado triste y doloroso, como es el que ha recorrido el pueblo mexicano, durante los años en que ha sido martirizado por la guerra intestina; antes bien, vengo a exponer ante la consideración de Uds., la manera con que he concebido, al través de mi pensar y de mi sentir, este glorioso amanecer de nuestras públicas libertades.

Porque, señores, juzgar a la Revolución mexicana, ya con el sentimentalismo con que la pintan sus entusiastas admiradores, o ya con el extravío y mengua con que la exhiben sus enconados y sempiternos detractores, es perderse en los peligrosos vericuetos de los juicios apasionados, y, al marchar por tales vías, siempre se corre el riesgo de no formarse un juicio exacto, cabal y justo de las verdaderas causas y motivos que engendraron, en gloriosas e imperecederas horas, la bienhechora Revolución mexicana.

Y, bien mirado, dejaría de ser persona consciente, vale decir, hombre dotado del privilegio de la razón, con la que nos humanizó Providencia, si no me esforzara, por necesidad de justicia y de verdad, en emitir este mi jucio en el magno y trascendental proceso que implica la Revolución mexicana, recta e imparcialmente, tal cual nos conduce, dentro del marco de la verdad, la siguiente inexorable sentencia: "AQUEL QUE INTERROGA LA HISTORIA PARA SERVIR INTERESES O PASIONES CIRCUNSTANCIALES, LA DESFIGURA O, HABLANDO DE UN MODO MAS GENERAL, AQUEL QUE PIDE A LA CIENCIA SERVICIOS DE OPORTUNIDAD EN VEZ DE VERDADES, SE ENGAÑA A SI MISMO Y ENGAÑA A LOS DEMAS. EN EL TERRENO HISTORICO HAY QUE DESPOJARSE DE TODO APASIONAMIENTO POR LAS IDEAS PROPIAS, AUN LAS MAS PRECONCIBIDAS, Y POR LOS SENTIMIENTOS MAS CAROS, RESIGNANDOSE A ENCONTRAR LO QUE SE ENCUENTRE. LA REA-

LIDAD NO SE SUBORDINA A NOSOTROS, SINO QUE NOSOTROS DEBEMOS SUBORDINARNOS A ELLA DE GRADO O POR FUERZA". (1)

Por tanto, señores, tened seguridad de que mi criterio en tamaño asunto, estará exento de las influencias externas que ejercer puedan los otros criterios.

Externaré aquí mis pensamientos fría y serenamente, "con la misma libertad con que escribe el historiador que no sigue partido." (2)

En tal actitud, tendré por norma la escuela del gran Polibio, quien enseña: "EL QUE TOME OFICIO DE HISTORIADOR, ALGUNAS VECES DEBE ENALTECER A LOS ENEMIGOS, CUANDO SUS HECHOS LO MERECEN, Y OTRAS, REPRENDER A LOS AMIGOS, CUANDO SUS ERRORES SON DIGNOS DE VITUPERIO."

Imitando tan recto proceder, mis juicios y apreciaciones respecto del grave y alto asunto que nos ocupa, llevarán el sello de la ecuanimidad y de la justicia.

Así, pues, no trataré de excusar los excesos de mis correligionarios. Mas, al propio tiempo, no silenciaré, desde luego, los tremendos agravios y desafueros inferidos a la Patria por los **pseudos moralistas** de hoy; teorizantes **escrupulosos**, que tan pronto olvidan la serie de latrocinios e innumerables crímenes cometidos en una época que juzgaron de paz y ventura eternas para ellos; ellos que se creyeron invulnerables por constituir el férreo y oneroso núcleo de "la casta privilegiada". Casta-pulpo que ha asfixiado entre sus contrictores anillos al pueblo mexicano; casta-pulpo que acaparó entre sus luengos y dilatados tentáculos todas las fuentes de la riqueza nacional.

Antes de entrar en materia, permítaseme decir con Gómara: "QUIEN SE SINTIERE, CALLE, PUES ESTA LIBRE Y RICO; NO HURGUE POR SU MAL. SI BIEN HIZO, Y NO ES LOADO, ECHE LA CULPA A SUS COMPAÑEROS; Y SI MAL HIZO, Y ES MENTADO, ECHELA A SI MISMO."

Juzgo de interés hacer conocer al pueblo mexicano algunos hechos que no se deben callar para que no pasen al olvido.

Es necesario, señores, que analicemos la Revolución, desde todos los aspectos posibles, ya que ella envuelve un movimiento trascendente, fecundo y eminentemente nacionalizador.

Por lo anterior, creo un deber de mi conciencia el contribuir

(1) Litré.

(2) El P. Cavo; Los tres siglos de México durante el gobierno español.

a llevar al conocimiento del pueblo mexicano las verdaderas causas, o mejor, el verdadero génesis del movimiento actual revolucionario.

Esas causas, señores, no vienen de hoy ni de nuestro inmediato ayer; arrancan de la época en que la historia nos transporta a las fuerzas prístinas de nuestras razas indígenas.

Bien puede decirse, señores, que la presente Revolución es la continuación del grito de emancipación lanzado por Hidalgo y Morelos; es el mismo intencionado engranaje de la reforma político-económica y religiosa implantada por JUAREZ Y LERDO DE TEJADA; es la reforma agraria, política, social y económica de MADERO Y CARRANZA; es, en fin, el choque violento de dos civilizaciones antagónicas: la de antaño y la de hogaño; fenómeno dual de reconstrucción y destrucción que nos va proporcionando un equilibrio social y político nuevo con un exponente renovatriz de ascencional progreso.

Esta Revolución, señores, no es maderista, no es villista, ni zapatista, ni carrancista, puesto que, para honra nuestra, las revoluciones personalistas en nuestra tierra ya pasaron a la historia.

Ojalá que, de hoy en adelante, siempre podamos decir lo mismo nosotros los mexicanos todos. De hoy en adelante nuestro patriotismo nacional debe hacer que las revoluciones personalistas sean mácula de un pasado que no ha de volver más; para que yazgan, dichas revoluciones, como padrón de ignominia de quienes las iniciaron y llevaron a cabo. Es decir, señores, por la magia de nuestra voluntad de verdaderos patriotas, debemos hacer que las revoluciones personalistas que fueron, permanezcan para siempre en nuestro pasado como puntos lumínicos que van indicando, marcando con claridad de índice, la precipitada marcha de nuestro progreso nacional.

¡Ah, señores!... la Revolución mexicana, constituída hoy en gobierno que impulsa una evolución fecunda en la Nación, es el grito desesperado de la gleba, de esta pobre gleba que, desde la época precolombiana, siente la necesidad de remediar su precaria situación; es el grito apostrofante de esta trabajada gleba que batalla por curar de sus dolores, que lucha titánicamente por conjurar sus múltiples sufrimientos!

Hurgar la historia antigua, media y moderna de nuestras razas indígenas al través de sus aleaciones y metamorfosis; cotejar el pasado con el presente, tomando en cuenta esos sus cambios étnicos y las fuerzas sociales y políticas que esas transformaciones engendran y desarrollan, es el deber de todo aquel que quiera conocer las verdaderas causas de nuestros males.

Estudiemos, pues, la complexión biofisiológica y psicológica de nuestras multitudes para llegar, con el corazón desgarrado, seguramente, al convencimiento de que no son los revolucionarios

actuales los únicos culpados de nuestros descalabros y dolorosas tragedias, tragedias y descalabros que nos han de servir de saludables enseñanzas. En la patogenia de nuestros males, la herencia ancestral de todo un pasado es la gran culpada. Esa herencia, señores, es la que gravtita sobre nuestras determinaciones, sobre nuestros desarrollos nacionales y raciales. Ella es la que exhibe a los pueblos indo-españoles como pueblos ingobernables.

Nuestro atavismo, señores, esa fuerza de inercia, es la que impera milenariamente en la masa popular por medio de nuestros predecesores; es la que nos lleva y nos impulsa, fatalmente, en este trabajoso desenvolvimiento nacional y racial.

El atavismo, esa fuerza de herencia ancestral regresiva, es la que imprime y modela nuestra fisonomía política y social.

En tanto el pueblo mexicano no busque, patriótica y sinceramente, el antídoto que ha de curar el cuerpo político y social de la nación, al menos los dirigentes, continuaremos bajo la inspiración, bajo el mandato imperativo de nuestros antepasados.

Y si nos estacionamos indefinidamente en esta disolvente rutina, en esta como inadvertencia nuestra de tantos peligros internos y externos como nos cercan, no seremos los que gobernemos, sino que se cumplirá, en la marcha de nuestra cosa pública y social, la sentencia alumbradora de Blasco Ibáñez: "LOS MUERTOS MANDAN". (3).

Sí, señores, nuestros muertos, los fundadores de nuestra nacionalidad, persisten aun en gobernarnos con todos sus vicios y defectos; con los odios y rencores todos con que se organizaron. Por esto hemos marchado como desintegrándonos poco a poco. Y nuestro voraz enemigo engulléndonos y atisbándonos siempre.

. . . Pensar como piensan, por ejemplo, los cerebros enfermizos y, por ende, refractarios y hasta retrógrados, defendiendo obcecadamente doctrinas apergaminadas y deshechadas por la civilización, resulta hoy un absurdo, y, por consiguiente, constituye uno de nuestros vicios de inercia. Por otra parte, también hemos soportado (y aun sufrimos) el funesto y contraproducente

(3) Ultimamente ha escrito Blasco Ibáñez varios artículos denigrantes para México, sin revelarse en ellos como sociólogo que estudia el desenvolvimiento de un pueblo. Ya lo esperábamos; el Gobierno de México no tuvo numerario para inspirarle un "Mare Nostrum" o "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis". Sería bueno que el moderno Blasco Ibáñez, no el Zola español que escribiera magistralmente novelas de alta sociología conocidas por la nueva generación que hoy lamenta su "cambio de frente", escribiese algo, aunque fuese influenciado por la "Diplomacia del dollar", acerca de la triste situación de Santo Domingo.

modo de pensar y de actuar de la demagogia liberal desenfrenada, otra de nuestras plagas modernas.

Así, pues, tanto los obcecados conservadores como los liberales intransigentes, sólo han contribuído, con semejante conducta, a que los dolores y sufrimientos de la Patria sean interminables.

Esos dos fanatismos han sido uno de los peores valladares que ha tenido nuestro precario desenvolvimiento republicano.

Por amarga y dura que sea la realidad, señores; por horrible que fuere la descepción que nuestro espíritu reciba al llegar al conocimiento de la verdad, debemos encararla con valor y observarla con entereza en toda su desnudez. Debemos, por patriotismo y por virilidad de humanos conscientes, presentarle al pueblo la situación real y efectiva en que se encuentra la nación.

Dicho lo anterior, se comprenderá que no busco los aplausos ruidosos e ininteligentes de la multitud, que tan fáciles son de conseguir mediante cierta pirotecnia de abalada palabrería altisonante y efectista, pirotecnia verbosa que electriza súbitaneamente a las masas ingenuas y generosas. Pero, antes que cosechar aplausos inconscientes y efímeros, prefiero, señores, presentarme ante la multitud, multitud integrada por los que constituy en mis queridos e inolvidables compatriotas, es decir, mis hermanos. Quiero marchar con ellos, con mis compatriotas del pueblo, y examinar, así acompañado, el cuadro que presente la Patria, por triste y dolorosa que sea la realidad. Mas esto es preferible a las doradas frases y hábiles embustes engañadores, tal como es preferible contemplar el cadáver de los que nos dieron el ser, sin atender a las mentirijillas de los amigos para entretener la hora del desenlace fatal.

Todo aquel que no estuviere de acuerdo con estas mis apreciaciones, apreciaciones que arrancan del fondo de sinceridad y amor patrio que vibran vívidos en mi espíritu, el que no esté, digo, conforme con estas mis maneras de pensar y sentir sobre las graves cuestiones nacionales aquí manifestadas, juicios que son deducciones lógicas de la fuerza de las cosas, ruego se digne ilustrarme con sus sabias refutaciones. Con ello habrá más luz para alumbrar el caos en que hemos vivido (y aun vivimos) y del cual es forzoso salir lo más pronto posible. Es nuestro deber primordial.

En esta disertación, señores, quiero haceros, aunque brevemente, la disección de las tres épocas más grandes de nuestra historia; quiero internarme un tanto, con la parsimonia que me sea posible, en el enmarañado laberinto de nuestro pasado, para extraer de él la luz que alumbre el presente. Porque, como bien sabeis, señores, que del silo y enseñanza del pretérito se obtiene la luz que ilumina el presente. Porque contemplando

los desvíos de antaño, fácil es encontrar la manera de evadirlos al presentarse en nuestros días. Por algo dijo el filósofo: "PARA OBRAR CON CORDURA EN EL PRESENTE HAY QUE TENER PUESTO UN OIDO EN EL PASADO".

En nuestro país, señores el pueblo ha padecido, en su desenvolvimiento, innumerables desviaciones, que aun perduran como vicios nacionales y raciales. La mayoría de tales desvíos son, precisamente, los que quiere cortar de raíz este último y grande esfuerzo revolucionario.

El examen de que os vengo hablando, pues, nos muestra el pasado con sus caídas y la consiguiente lucha por el respectivo enderezamiento, como en una cinta cinematográfica. El panorama de lo que fué, debemos aprovecharlo, discreta y acertadamente, para construir, acelerada y vigorosamente, nuestro urgidor presente.

Con semejante actitud, nos será dable contemplar, serenamente, tanto los esfuerzos progresivos como los desastres, las luchas bélicas, que tan cegadoras son, y en que tanto hemos padecido, para venir a dar con este último empujo revolucionario que aun convulsiona a la Nación.

Y este último esfuerzo revolucionario ¿no es, por ventura, un decidido empeño de rectificación, de vigorosa buena voluntad por destruir nuestros vicios políticos y sociales? ¡Ah, señores! esa es la causa primaria de ese generoso y denodado impulso guerrero del pueblo mexicano; de ese bélico ciclón, cruento y derribador en su primera fase, demoledor y creador después. Tal es el dinamismo creado por el presente vigoroso patriotismo mexicano.

Estas nuestras justas sangrientas, tan dilatadas como aniquiladoras ¿no revelan, en última síntesis, que obedecen a períodos críticos de vigorosos crecimientos de nuestra conciencia nacional y racial? Tal es mi impresión, señores. Ha habido caídas y extravíos. Es natural. Ha sido el vigor del torrente que se despeña en busca de nivel.

Por eso, señores, aunque nos hayamos visto (y nos veamos todavía) entre espantosos charcos de sangre fraterna, espero anhelo con vehemencia, que de su púrpura ha de brotar la flor de nuestras rectificaciones; la espiga ubérrima de nuestro resurgimiento, de nuestro feliz equilibrio nacional y étnico. ¡Oh, la floración exuberante que espera la ardorosa visión del patriota!

Empecemos, pues, el rápido examen de las tres grandes edades de nuestra historia.

Penetremos un tanto en la época indígena, la edad aborigen nuestra, digamos, porque desde allá comienza la etapa que ha recorrido el pueblo mexicano hasta presentarse tal cual es hoy, en estos minutos nuestros.

El México de aquel entonces, constaba de más de cuatro

millones de kilómetros cuadrados. Por supuesto que, ese extenso México, constituía el enorme imperio azteca, antes, muy antes de que fuese desgarrado.

¡Cuánto sufre, señores, el alma del mexicano consciente, altivo y digno, al pasar su visión por las épocas en que se verificaron esas inicuas mutilaciones en nuestro marco geográfico nacional! Y, el dolor y la indignación se tornan intolerables, estallantes, cuando se ve que los grandes y terribles desgarramientos cometidos fué en amorsa complicidad de muchos mexicanos. Acompáñenme, señores, al recinto augusto de nuestras propias conciencias; acompáñenme a ir allá a aquel santuario austero en donde la verdad siempre está erguida e inexorable; entremos allá a verter, sobre la brasa de nuestra vergünza nacional, nuestra Lágrima de dolor! (4)

Pues, como decía, en aquella extensión de más de cuatro millones de kilómetros cuadrados, se enseñoreaba una variedad numerosa de estados indígenas, constituídos en cacicazgos de diferentes rangos.

Sin embargo, de ser varios los reinos indígenas, como bien sabeis, todos ellos estaban sometidos al vasallaje del soberbio y poderoso imperio azteca.

Lástima grane fué, para la vida y felicidad de ese imperio, que tal vasallaje fuera mantenido por el puño brutal de la fuerza material.

Despótico y cruel era el sitsema político, religioso y social del referido Estado indígena. Los cacicazgos a él subordinados sólo obedecían por el temor. El odio y el temor eran las fuerzas centrífugas y centrípetas que envolvían al vasto imperio, en vía de desintegración. Por consiguiente, no tuvo, en aquel entonces, suficiente fuerza vital integradora el grande conglomerado azteca.

Bien claro se ve, observando aquella época, que el susodicho imperio, sólo iradiaba fuerzas negativas, prontas a entrar en colisión entre sí en cuanto se presentara la ocasión.

La ocasión se presentó a la llegada de los españoles capitaneados por Hernán Cortés.

(4) "Allí también estaba en el consejo Lorenzo de Zabala, el desterrado mexicano, y otros muchos que desempeñaron un importante papel en la historia de la revolución".—Bancroft, "History of the North Mexican States and Texas."

"Los Estados Unidos comenzaron por dar gente, armas y recursos pecuniarios a los texanos rebeldes; siguieron por reconocer su independencia y admitirlos como Estado en su Confederación; y acabaron por ensanchar las fronteras de Texas para ponernos en el caso de resistir la invasión, y que esto les sirviera para traer la guerra al interior de México y apoderarse de las demás partes del territorio que codiciaban". —Roa Bárcena: "Recuerdos de la invasión Norte-Americana".

Con cuánta claridad se percibe, al través de la historia, que el grande y aparentemente poderoso imperio azteca no tenía, en su organización fuerzas integradoras con creciente vitalidad, como necesita todo organismo nacional, especialmente, los de grande extensión, territorial y de compleja constitución.

La vitalidad creciente en un conglomerado nacional, encauza y coordina sus actividades, conscientemente o, al menos, instintivamente.

La coordinación crea, vigorosamente, ideales nacionales comunes, y, el encauce, homogeniza, vitalmente, el sentir y el pensar de todos y de cada uno de los elementos constitutores. Esto, fundamentalmente, constituye "el alma nacional".

De aquí que, en mi concepto, "el alma nacional" es el gran vínculo que liga y vitaliza, poderosamente, a los paises en sus progresivos desenvolvimientos.

Como decía, el grande imperio azteca (grande en su extensión territorial, por lo menos) no estaba integrado por fuerzas homogéneas, antes bien, las fuerzas que circulaban por aquel extenso organismo nacional eran heterogéneas. Aquel vasto Estado azteca no estaba unido, y centrado por el vínculo vital de "el alma nacional". Si tan grande imperio indígena hubiera estado envuelto y vitalizado por semejante liga, habría sido, seguramente, un todo tan formidable que, no sólo hubiera resistido el empuje de las armas conquistadoras, sino que habría barrido, como arista, al puñado de españoles que con tanta facilidad (relativa) los conquistó.

Y, como ya os he dicho, señores, "los muertos mandan" entre nosotros. Mandan con todos sus vicios y vetustas preocupaciones. De aquí que, aun reine en el ambiente político y social, mucho de aquella heteróclita dispersión de fuerzas nacionales y raciales de nuestros antepasados.

Sólo así se explica el que hayamos llegado al siglo veinte sin crear el indispensable vínculo vital de "el alma nacional". En la falta de semejante Centro y atmósfera de vida radica la raíz de nuestras convulsiones y nuestra debilidad nacional y racial.

Ya que los directores de nuestro pasado, señores, fueron, salvo aislados esfuerzos de preclaros varones, tan poco conscientes de su misión, como conductores de la nación mexicana, al través de su desarrollo, toca a los directores de hoy, ser maravillosamente perspicaces y deligentes, para crear en pocos lustros, lo que no se creó en los pretéritos siglos.

Hay que coordinar, señores, las vigorosas, pero dispersas tendencias nacionales en un solo cauce. Dentro de este cauce y su corespondiente coordinación, como alma vital de la raza, hay que infundir ideales que sean eminentemente hispanoamericanos a fuerza de ser alta y genuinamente mexicanos.

Tal es, señores, la grandiosa e ineludible tarea, el alto y

solemne compromiso que se han echado sobre sí, ante el mundo y la historia, lo sactuales directores políticos mexicanos.

Y, hasta que hayamos creado semejante vínculo, dejaremos el círculo vicioso en que actuamos, a veces hasta con barbarie. Una vez creado (el vínculo del alma nacional) y dilatado y hecho vivir como oxígeno en nuestra vida de nación, habremos principiado a entrar, resueltamente, de lleno en el estrado de la verdadera civilización.

Hacer entrar a México y hacerlo figurar, próceramente, en el concierto de las naciones verdaderamente cultas y civilizadas de la tierra, es la más alta, troncal e imperiosa obligación que gravita sobre nosotros, en esta exigente y tendenciosa época que enfrentamos.

Es tanta la fe que tengo en la mágica virtualidad del vínculo de referencia, que, es para mi una certeza el que, cuando todos y cada uno de los paises de estirpe hispana engendren y posean, perdurablemente, una vigorosa y homogénea "alma nacional", no volverán, seguramente, a ensangrentar sus campos con las guerras civiles, que tan desastrosas son. Ellas (las guerras civiles) han desmoralizado y casi aniquilado a la mayoría de los paises de la América que fué de España.

Bien sabido es, señores, que los Estados del Viejo Mundo, especialmente los europeos, que de un modo tan entero y desenfrenado han practicado la teoría de la conquista, fundándose en el especioso principio **humanitario** de que "Estando la humanidad destinada a derramar la civilización sobre la tierra, cualquier Estado colonizador **tiene derecho a extender su soberanía** sobre el territorio ocupado por los pueblos salvajes, a fin de favorecer la civilización y la extensión de la cultura." (4).

Esas teorías que "bajo las falaces apariencias de principio y de progreso" sólo es en sí una "manifiesta encarnación del delito de la conquista", y, de consiguiente, semejante añagaza ha sido, y es todavía, la más inicua explotación que verifican los Estados materialmente poderosos en los pueblos débiles, olvidando aquellos que, "Basta ser pueblo para tener derecho a gozar de plena independencia", pues, "El hecho de ser culto o inculto, civilizado o bárbaro, es una accidentalidad que no debe ejercer ninguna influencia acerca de la existencia de aquel sagrado e **inviolable derecho**, que es superior a cualquiera civilización y a cualquiera cultura". (5).

Esos poderosos paises de la Europa imperialista, manejada por una oligarquía financiera, desde hace mucho tiempo motejan a los paises de la América latina de revoltosos, anárquicos, imposibles, por consiguiente, de gobernarse por sí propios, ni de instituir, política y socialmente, nada estable.

(4) E. Cimbale.

(5) Nuevo Derecho Internacional, por Cimbale.

Es que los europeos sólo miran nuestras perennes luchas. Ellos ven los hechos y sus defectos inmediatos, censurándolos a la ligera, porque desconocen, en lo general, las causas de nuestras conmociones. Causas que vienen de un alto fondo de idealidad. Tal censura, desde luego, ni es seria ni es justa.

Lo curioso es que el Viejo Mundo vitupera nuestra turbulencia, sin tomar en cuenta las catástrofes guerreras que ha desencadenado durante siglos.

El indoespañol dispara su fusil, generalmente sobre el conculcador de nuestras prácticas republicanas. El Viejo Mundo, desata el asolador huracán guerrero, arrojando montañas de acero estallante y envenando infernalmente la atmósfera, arrojando todo esto, digo, sobre las urbes más cultas y populosas de paises que han llegado al más alto grado de la actual civilización, en donde existe, secularmente, un orden político y social equilibrado.

En las guerras europeas ¿en dónde el ideal que compense, en algo siquiera, la vasta y profunda destrucción del alud guerrero? En parte alguna, señores. Las guerras que sólo llevan por norte la reducción y sumisión del menos fuerte no pueden tener ideal.

Nosotros sí, señores, nosotros los idoespañoles podemos decir, amplia y orgullosamente, que nuestras guerras civiles siempre han llevado por estrella polar un ideal de mejoramiento político y social.

Nuestras lizas bélicas, señores, denuncian palmariamente nuestro afán, nuestra sed ardiente de cristalizar principios en nuestro vivir nacional y racial, por el anhelo generoso de encontrar un mejor equilibrio social y político.

Tales conmociones, obedecen a leyes biológicas, de formación y de progreso colectivo, a que estamos sujetos, ineludiblemente y dolorosamente, los organismos nacionales.

Es, pues, una injusticia notoria, como muy bien asienta Torres CAICEDO, acusar con tanta acrimonia a las repúblicas de la América latina por sus constantes convulsiones políticas, cuando las viejas naciones europeas, las que no están en guerra, viven bajo el imperio de la paz armada. "Las jóvenes naciones de la AMERICA latina, continúa expresando el ilustre autor de "La Unión Latinoamericana" luchan, y lucharán aún, por constituirse definitivamente, por hallar su centro de gravedad; por establecer de una manera sólida y permanente, la armonía que debe existir entre el debido goce de los derechos y estricto cumplimiento de los deberes, que es lo que constituyen las naciones libres y los gobiernos justos."

Tal es, señores, el sagrado e inmarcesible empleo enérgico del vigor revolucionario de las naciones hispanoamericanas, tal

es el impaciente anhelo que se persigue al través de nuestro frecuentes combates.

Es muy conveniente que la actual generación hispanoamericana adquiera el convencimiento que, en nuestras luchas guerreras siempre ha palpitado, con demasiado ardor quizás, el deseo de establecer ciertas bases de organización política y social, como ya dejamos dicho, aun cuando el aluvión de la guerra casi todo lo haya barrido y poco edifique. Esta estéril finalidad es lo que hay que impedir a todo trance.

Por otra parte, señores, esa agitación guerrera nuestra, aunque es asoladora y suicida, revela, muy a las claras, que hay vitalidad en la raza indoespañola.

¿Que cada etapa de nuestro desarrollo nacional es un batallar cruento y destructor? Sí, es verdad, pero ello pone de relieve el vigor de nuestro pueblo. Y, semejante vigor, puesto siempre al servicio de un ideal, en tanto que en las guerras de la vetusta Europa ¿cuál es el ideal? Ninguno, sino aquello de que el fuerte destruya al débil o lo espolee como le venga en ganas.

Semejante proceder europeo ¿no hace imposible un porvenir venturoso para su pueblo y para el mundo?

¿Cómo conseguirán los pueblos hispanoamericanos constituirse de una manera sólida y estable? Por mi parte, señores, creo que encontraremos un equilibrio sólido y fecundo, estableciendo entre los elementos integradores la armónica relación que debe existir entre los derechos y los deberes, y, sobre todo, creando, a fuerza de fe y buena voluntad, "el alma nacional".

Sí, señores, urge crear en México, con vigoroso empuje, el vínculo vital de "el alma nacional".

Perdóneseme la anterior digresión y pasemos a examinar la primera de nuestras tres grandes edades.

Cuando Teuhtlile y Cuitlalpitoe recibieron diplomáticamente, en nombre de Moctezuma, en las playas veracruzanas, al inmortal y glorioso conquistador Hernán CORTES, quien brillantemente llena las páginas de la conquista de Nueva España.

Ese hombre extraordinario decidió llevar a cabo la magna empresa de conquistar el enorme imperio azteca, apenas con un reducido número de hombres, tan valerosos y heroicos como el propio CORTES.

. . . Bien sé que no ha faltado entre nosotros uno que otro orador populachero que ha tratado de desvirtuar, con exagerado encono, la epopeya inmortal del gran extremeño. Pero los insólitos hechos de este hombre maravilloso, se imponen avasalladoramente. ¿Quién no se admira al contemplar la realización de la conquista del grandioso imperio azteca con seiscientos siete españoles?

La conquista de Nueva España, es, indiscutiblemente, uno de los hechos más estupendos de la historia universal. Cortés

con los pocos hispanos que comandaba, tan intrépidos y aventureros como él, echó sobre sus hombros la ingente tarea de subyugar a las numerosas razas que poblaban a México en aquel entonces.

Figuraos, señores, reducir a cientos, a millares, a millones de indios esparcidos por el extenso territorio mexicano con un ejército de seiscientos siete hombres españoles. Suponeos, señores, lo que pueden resistir seiscientos hombres, por superior armados que estén, ante el empuje de millones?

El secreto de la increíble realización de semejante conquista estriba en que Cortés no sólo era valiente capitán, si que también, hábil diplomático y sagaz político. Con mirada de águila abarcó el estado político y social del imperio azteca. Cuando Cortés comprendió aquella situación, diose a la maña de comenzar la conquista valiéndose de los propios indios.

Nuestros indios fueron los que, por sus inveterados odios y rencores, por su desorganización política y social, se convirtieron en conquistadores de sí mismos. Por este hecho, tan revelador, contemplamos a nuestros antepasados eslabonando ellos mismos la cadena que los redujo a la esclavitud española, cumpliéndose así aquella terrible sentencia que dice: "Cambiar de amo es el único placer concedido a un pueblo de esclavos."

Los odios feroces e irreconciliables y las rivalidades que existían entre los varios reinos que constituían el imperio de Moctezuma, así como la ignorancia y la consiguiente sencillez en que vivían, produjo, pues, el triste y doloroso hundimiento del susodicho imperio azteca.

—¿Qué les faltó,—pregunto,—a nuestros antecesores que les hizo caer tan fácil como lamentablemente? . . .

Faltóles, señores, en mi concepto, la unidad de acción, la unidad de miras que tan vigorosamente imprime "el alma nacional".

Hagamos la siguiente salvedad:

Las colectividades indígenas que ayudaron a Hernán Cortés, peleando al lado de los españoles, no lo hicieron propiamente por espíritu de traición, no. Ellos, ingenuos, perseguían un ideal de libertad. Hubo un momento que los caciques subordinados al imperio azteca, del cual estaban profundamente descontentos, como ya lo hemos dicho, consideraron a Cortés como un libertador. Semejante error de nuestros indios, se debió, pues, al deseo de liberarse del terrible yugo azteca. Este yugo brutal y cruel, era un Moloch que deboraba a sus propios dominios.

Así se explica que los indios, mal avenidos con semejante gobierno, creyeran, en su candidez, que Cortés los libertaría de aquella temible dominación azteca.

¡Ah, cuán diferente habría sido la suerte de nuestros antecesores indígenas, si la conducta de sus directores hubiera sido más o menos análoga a la del olvidado indio de Tabasco, quien a las instancias de Juan de Grijalva, cuando éste le proponía, dolosamente, halagüeñas condiciones de paz y de felicidad que le discerniría (Grijalva al indio) con tal de que se diera en obediencia y vasallaje a un poderoso monarca" que tenía su imperio donde sale el sol". El patriota y sensato cacique respondió con ingenua firmeza: "Que no le parecía buen género de paz la que se quería introducir envuelta en la sujeción y el vasallaje; ni podía dejar de extrañar como cosa intempestiva el hablarles de un nuevo señor hasta saber si estaba descontento con el que tenían."

Sabia y candorosa filosofía, que, de haber servido de norma a todos los otros caciques del tantas veces aludido imperio azteca, no habría sido fácil al conquistador hispano efectuar tan rápida como asombrosa dominación. . .

Asimismo, muy otra hubiera sido la situación y el porvenir del referido Estado indio, si todos o la mayoría de los que dirigían la cosa pública de México, en aquel entonces, hubieran pensado y actuado como el bravo Xicotencal. Este altivo indio, genuino representante de la autóctona dignidad, se irguió, en solemne ocasión, como un atalaya de la raza, y desde aquella altura, dijo su palabra de verdad y de patriotismo, expresándose de la siguiente manera:

"No en todos los negocios se debe a las canas la primera seguridad en los aciertos, más inclinadas al recelo que a la osadía, y mejores consejeras de la paciencia que del valor. Venero como vosotros la autoridad y el discurso de Magiscatzín, pero no extrañéis en mi edad y mi profesión otros dictámenes menos desengañados, y no sé si mejores: que cuando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasión todo aquello que se parece al miedo. Verdad es que se esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el vaticinio y tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer esta voz, que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los siglos; pero dejadme que os pregunte: ¿qué seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos esos extranjeros? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo de Oriente, que venir de las regiones celestiales, que consideramos donde nace el sol? Las armas de fuego y las grandes embarcaciones que llamais palacios marítimos, ¿no pueden ser obra de la industria humana, que se admitirán porque no se han visto? Y quizás serán ilusiones de algún encantamiento semejantes a los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. Lo que obraron en Tabasco ¿qué más que romper un ejército superior? Esto se pondera en Tlaxcala como sobrenatural donde se obran cada día con la fuerza ordinaria mayo-

res hazañas. Y esa benignidad que han usado con los zempoales, no puede ser artificio para ganar a menos costa los pueblos. Yo, por lo menos, la tendría por dulzura sospechosa de las que regalan al paladar para introducir el veneno, porque no conforma con lo demás que sabemos de su codicia, soberbia y ambición. Estos hombres (si ya no son algunos monstruos que arrojó la mar en nuestras costas) roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata, y dados a las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes; intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religión; destruyen los templos; despedazan las aras; blasfeman de los dioses, ¿y se les da estimación de celestiales? ¿Y se duda de la razón de nuestra resistencia? ¿Y se escucha sin escándalo el nombre de la paz? Si los zempoales y totonaques los admitieron en su amistad, fué sin consulta de nuestra república, y vienen amparados en una falta de atención que merece castigo en sus valedores. Y esas impresiones del aire y señales espantosas tan encarecidas por Magiscatzín, antes nos persuaden a que los tratemos como enemigos, porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con los prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer: que nunca se acompañan de errores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezcan nuestro cuidado y se deje estar nuestra diligencia. Mi sentir es que se junten nuestras fuerzas y se acabe de una vez con ellos, pues vienen a nuestro poder señalados con el índice de las estrellas para que los miremos como tiranos de la patria y de los dioses, y libranco en su castigo la reputación de nuestras armas conozca el mundo que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco, que invencibles de Tlaxcala." (6).

Tal se expresó Xicotencal antes de ser vencido por el medio que lo rodeaba y por el odio irreconciliable que profesaba al imperio de Moctezuma. Estos odios y las mañas de Cortés, hacían que los cacicazgos recelaran unos de otros aliarse con los españoles. De aquí que, hubo un momento que los talxcaltecas creyeran en la posibilidad de que Moctezuma se aliara a Cortés para caer sobre ellos. Y, como Xicotencal y sus conterráneos primero eran talxcaltecas, dentro de su candor, se vieron obligados, para poder conservar la república de Tlaxcala, según su impresión, a entrar en alianza con los españoles, desapareciendo, lastimosamente, por un mal entendido amor al terruño y por ingenuidad, aquella vigorosa altivez que, tan gallardamente, asumió Xicotencal ante el senado de Tlaxcala, rebatiendo briosamente las razones de sumisión a los conquistadores que encarecía el venerable Magiscatzín.

(6) Antonio Solís y Rivadeneira: Historia de la Conquista de México. Tomo 1º, Página 205. Edición 1874.

Sólo así se explica el cambio radical de Xicotencal, a quien más tarde vemos en Tepeaca auxiliando a Cortés con cincuenta mil tlaxcaltecas.

En esa desgraciada época, cuando parecía que todos los jefes indios claudicaban, la narración, sin embargo, nos presenta **uno**, victorioso del patriotismo y de la heroicidad: GUATEMOC. Este indio indomable y glorioso, llegó al sacrificio, a la muerte, con admirable estoicismo. Vencido este gran monarca y enardecido con el cuadro del desastre total de su patria y de su raza, exclamó ante el conquistador aquellas memorables palabras: "¿Qué aguardas, valeroso capitán, que no me quitas la vida con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez y tenga yo la dicha de morir a tus manos, ya que me ha faltado la de morir por mi patria."

En ese corazón de oro del ínclito GUATEMOC, vemos palpitar el verdadero amor patrio, el germen gigante de "el alma nacional" típicamente mexicana.

He aquí, señores, el cuadro sintético del imperio azteca: Régimen despótico y teocrático, y un servilismo en el ambiente que se extendía, como ondas interminables, desde los caciacos subordinados al imperio, hasta las gradas mismas del soberbio trono, y, desde las castas privilegiadas sacerdotal y militar hasta la masa popular. En la clase ínfima del pueblo imperaba la esclavitud más espantosa. La religión rayaba en una idolatría fetichista.

Tal fué, señores, el cuadro destruído por Cortés y sustituído por otro a la usanza española, pero no menos bárbaro y cruel que el anterior.

Permítaseme diseñar, a grandes rasgos también, el nuevo régimen español, que constituye la segunda grande época de nuestra historia

El imperio de Moctezuma fué sustituído por la corona del Rey de España representada en México por un Virrey.

La característica del nuevo gobierno era netamente despótica. Se conservaron los cacicazgos y los privilegios, constituyéndose la casta privilegiada integrada por los nobles castellanos y por una parte de la nobleza indígena, asimismo por los clericales y los militares. La clase inferior del pueblo continuó en su estado de absoluta miseria, esclavitud y embrutecimiento, sujeta a "los repartimientos" y a las "encomiendas."

La anterior organización, que dió un resultado híbrido, tenía por vínculo el odio recíproco que se profesaban las tres clases que hemos descrito.

Lo más doloroso en este caso es que la clase ínfima, los siervos de la gleba, pasó de la feroz esclavitud de Moctezuma a la no menos cruel y devastadora de los españoles. Sobre

este degenerado e infeliz proletariado indígena caen los dos dilatados, embrutecedores y aniquiladores sistemas: el autóctono el más luengamente dilatado) y el español.

Sobre este pueblo, señores, sobre este pobre y sufrido pueblo mexicano, bestia de carga, ha caído el peso aplastante y destructor de dos sistemas de dominación igualmente bárbaros: el indígena y el de los conquistadores.

El indio, esta alma de la América primitiva, torturado incesantemente por una crueldad milenaria, creyó o esperó su mejoramiento con el cambio de régimen. Empero, los crueles sucesos siguientes lo despertaron dolorosamente de su engaño. De aquí, señores, ese permanente descontento de nuestro pueblo; esa su propensión constante a la viligilante y perenne rebeldía.

De aquí que, el anhelo de justas reinvidicaciones es lo que se ve palpitar al través de nuestras tragedias y pantomimas revolucionarias, sin haberlas conseguido jamás (las reinvidicaciones) este trabajado pueblo... Mas, hoy sí, señores, hoy tengo fe, mucha fe, porque esta Revolución, la nuestra, la actual, una de las más gloriosas y fecundas de cuantas han agitado el suelo de la Patria, ha realizado y está realizando, y ha de continuar, ininterrumpidamente, en lo futuro, cristalizando, abundosamente, los justos anhelos del pueblo mexicano, sobre cuyas espaldas ha pesado como enorme roca monalítica, difícil de arrancar y destruir, todos los infortunios que han caído sobre la raza india, tan triste como desventurada.

Espero, señores, con mucha fe en mi alma de mexicano, que nuestra gloriosa Revolución se resolverá en múltiples consecuencias fecundas y felices para México. Y esto vendrá, seguramente, si los directores y caudillos mexicanos de hoy, saben (continuando como se ha principiado actualmente) encauzar a la Nación por la ruta del más puro y bien entendido patriotismo, con acción constante, infatigable y acertada.

Para que lo anterior tenga verificativo, es indispensable, a mi juicio, que el pueblo mexicano todo, tanto la masa como su **élite**, comprendan, intuitiva o instintivamente, quiénes pueden ser sus mejores directores. Esto es de vital importancia para el porvenir de la Patria.

Como es natural, al terminarse la faz guerrera de la Revolución, se ha principiado a encauzar a México con feliz y fecundo suceso, y, desde luego, se hace urgente y necesario que tan prometedor impulso, no sólo no se frustre, sino que se le imprima un vigor progresivo.

Para ello, señores, hay que huir de los caudillos políticos que se presenten con ardores de secta o con politiquería personalista; en resumen, hay que huir de que encaucen por los

funestos senderos de las ambiciones vulgares, único impulso que irradia la baja egolatría del personalismo.

Siempre ha sido primordial e ineludible deber del director, del estadista, posponer, totalmente, el propio interés personal ante el sagrado interés de la Patria. Hoy, en México, dado nuestro pasado, nuestra situación geográfica y la condición de ser nuestra Patria país hispanoamericano prominente, todo esto conglobado con nuestro desenvolvimiento actual, esa obligación histórica que cae sobre todo director de pueblos, asume entre nosotros una gravedad tan solemne que no se puede violar a menos de cometer un crimen.

No volvamos, señores, a secundar banderías de los vulgares y reconocidos opresores del pueblo mexicano. Si acuerpáramos a esos tradicionales enemigos de ayer, tan justamente temidos como temibles, todo lo destruirán, hundiéndose México en un abismo de males y de vergüenza, frustrando nuestro desenvolvimiento como nación y como raza, y llevando en el naufragio a gran parte de la América hispana.

Entremos ahora, señores, a considerar nuestra tercera gran de época:

LA INDEPENDENCIA

Señores, después de tres siglos de dominación española, al levantarse las multitudes al grito revolucionario del cura Hidalgo, no iban, dichas multitudes, en pos de la emancipación de México, de la madre patria, porque esta idea era completamente incomprensible para aquel pueblo analfabeto y secularmente embrutecido. Probablemente, lo que ellos sintieron, al través del instinto, era que había llegado la hora de hacer un esfuerzo para mejorar su deplorable situación económica y social.

Después de la cruenta lucha, asoladora y terrible que azotó al país, como bien sabeis, se consumó la independencia, y, el indio, la gleba, la clase eternamente torturada, después de haber derramado su sangre, se despertó en un segundo y cruel desengaño.

Siempre quedó, pues, la infortunada clase condenada a vegetar miserablemente en la última capa social, llena de odios y rencores hacia los de **arriba,** los que debieron haber sido sus libertadores; pero quienes, una vez dueños del poder, se convirtieron en los explotadores de la Nación. De aquí que se haya mantenido esa funesta desigualdad social y política en México. En esta injusta, cruel y desequilibrante desigualdad radica ,señores, la raíz, la clave de todas nuestras revoluciones, que tan sangrientas y aniquiladoras han sido.

Constituída, pues, la República en nuestro suelo, la clase popular no mejoró en nada su triste y miserable condición.

A raíz de establecida la República, el gobierno se organizó con dos aspectos dijéramos: uno, lleno de fulgor republicano, pero todo apariencia, sonoro de libertad, igualdad y fraternidad, revestido, este aspecto, de una fementida arquitectura "de derecho". El otro aspecto, el que llamaremos "de facto", es el que ininterrumpidamente ha funcionado entre nosotros. Mas hoy, nuestra Revolución está llamada a destruir tan disolvente aspecto. Y ha de destruirlo para siempre.

Esa armazón gubernamental "de hecho" es la que han practicado nuestros gobiernos desde la Independencia. El artificio escrito, el **"de juris"** la verdadera Ley, lo que debió haber sido fuerza integradora, se ha suplantado por puras mentiras convencionales y sólo para escritas. El verdadero sistema republicano, la democracia representativa, en su forma federal, que yace en lo escrito, ha sido negatorio en la práctica. La libertad y la igualdad ante la ley no han existido en México; las garantías a las personas y a la propiedad han sido nulas; la independencia de los tres Poderes que constituyen el gobierno federal ha sido irrisoria; la autonomía municipal jamás ha sido efluvio de vida urbana; de la responsabilidad oficial... no hay ni para que hablar de ella. No así el aspecto de hecho. Este se ha realizado sin cesar en nuestras prácticas gubernamentales.

Esta constitución de facto de que vengo hablandoos es, dijéramos, la Constitución de Rochefort, que al abrirla se encuentra: Art. 1°—**No se lee nada.** Art. 2°—**Cúmplase el artículo primero.**

Por tanto, es evidente que nuestro gobierno nacional ha tenido dos fases: el "de derecho" y el "de hecho". Nuestra revolucionaria evolución está obligada a ir dando muerte al de facto por brutal y disolvente, y a ir reviviendo y poniendo en práctica al fecundo y civilizador aspecto "de derecho".

En la época del General Díaz se intensificó más, si cabe, el régimen de facto de que vengo hablandoos. En aquel entonces, el procedimiento de facto constituía, de un modo absoluto, las verdaderas realidades sociales y políticas en acción. Tales normas eran: un gobierno militar constituído por el llamado Presidente y una casta de paniaguados. Los paniaguados sosteniendo al General Díaz y éste a aquéllos. Estos llamaban pomposamente a aquél: Presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

Por consiguiente, el funcionamiento regular, bajo la norma del derecho, de la máquina gubernamental no existió en esa época. Esto es una perogrullada en fuerza de ser tan conocido de nosotros. La periódica renovación, esencial prescripción del sistema republicano, tanto del gobierno de la Unión como la de los Estados, no se verificó en tiempo del General Díaz. Hubo una farsa de alternabilidad, como vosotros bien sabéis,

pero tal renovación, se verificaba al arbitrio del supradicho General, permaneciendo él, por supuesto, inamovible. En ese entonces, la independencia de los Tres Poderes constituía, el sólo mencionarla, un verdadero sarcasmo. La desigualdad entre las clases sociales se intensificó funesta y aniquiladoramente. La superior creyéndose aristocrática, absorbió, impúdicamente, la riqueza nacional, y mantuvo, al propio tiempo, prevalidos del poder, a la inmensa mayoría de la clase popular en una esclavitud horrorosa, increíble en un pueblo que se conceptúa civilizado. Y, por último, lo peor de todo quizás, el fomento brutal de los rudos y funestos cacicazgos, mantenidos, franca y decididamente, por General Díaz.

En este ligero examen de nuestra vida nacional, nadie que se produzca con honradez entre nosotros, puede engañarse ni engañar a los demás, haciendo creer que en México hemos tenido, durante nuestra vida republicana, el libre ejercicio de los derechos consignados en nuestra Ley fundamental, desde luego que, al hacer tal examen, su conclusión lógica tiene que ser contundente.

Siglos y siglos de servilismo, de abyección, de miserias morales y materiales en que hemos vivido no, ha sido ni puede ser, ambiente propicio para formar al "ciudadano", al ciudadano plenamente consciente de sus deberes y de sus derechos, elemento formativo indispensable para la verdadera existencia republicana en el conglomerado nacional.

Tales son, dichos a grandes rasgos, los vicios, los errores todos, que, como pesado lastre hemos venido soportando y como arrastrando trabajosamente, hasta llegar al momento histórico en que nos encontramos, momento que, si es aprovechado, si desplegamos hoy, y mañana, el más alto e intenso interés patrio, tal como el patriotismo que sentimos los que deseamos que México se reconstruya sobre instituciones sólidas y permanentes; los que lleven a cabo tan fecundo como grandioso suceso, serán los que alcancen la palma, los laureles de la victoria ante los fastos de la patria historia. Porque serán, seguramente, los forjadores del más alto y glorioso porvenir mexicano.

Yo creo, señores, que el primer paso que debemos dar es el de redimir a estas pobres multitudes, tan dignas de mejor suerte. Hay que sacarlas del ocurantismo en que se encuentran, cual parias de estos tiempos, proporcionándoles los medios de tener una existencia menos miserable que la que han vivido.

No desconozco que en tal sentido algo se principiado hacer; pero debemos continuar en esa labor con mayor empuje y constancia. A este respecto, conviene que el objetivo a conseguir esté perfectamente concebido y determinado, para que haya claridad en la tarea y sus finalidades, a fin de que el encauce y coor-

dinación sean vigorosos y fecundos a fuerza de ser conscientes.

A esa multitud, señores, naturalmente sedienta de bienestar y de justicia, hay que sentarla en el banquete nacional, con plenitud de consciencia, para que goce intensa y placenteramente, de la vida, y, al propio tiempo, que la produzca y la haga más amable para los demás. Hagámosla partícipe de la riqueza nacional; riqueza material, intelectual y moral, para que sus magnitudes mentales y sentimentales se intensifiquen a fin de que en la lucha por la vida, tengan mayor aptitud para actuar, como ciudadanos nuestros, grande, útil y bellamente.

Si tan feliz y fecundo procedimiento lo ponemos en práctica, la riqueza material, intelectual y moral que la nación esparza al pueblo, regresará, infaliblemente, en floraciones ubérrimas en las actividades materiales, intelectuales y morales de todos y de cada uno de los mexicanos.

Tal pienso, señores, que debe ser la más alta y trascendente misión inmediata a cumplir de nuestros de hoy.

Señores... para que mis aserciones sobre las conclusiones y depredaciones del régimen pasado se justifiquen y tengan, desde luego, mayor peso, permitidme que os muestre estos documentos, que forman parte de mis apuntes intitulados: "La Revolución en Tabasco", apuntes inspirados en documentos justificativos y que ya están publicables. Estos apuntes servirán para destruir con una verdadera narración razonada, todo el cúmulo de falsedades y calumnias con que se ha pretendido desorientar la opinión pública, para destruir, colectiva e individualmente, a los que cometieron el **delito** de tomar parte en el movimiento revolucionario armado iniciado en México desde 1910, cuyos principales autores en nuestro Estado, han sido los ciudadanos don Ignacio Gutiérrez, don Domingo Magaña, don Isidro Cortes, don Pedro C. Colorado, don Carlos Greene, don Ramón Sosa Torres y don Luis Felipe Domínguez.

En estos mis aludidos apuntes, procuro enaltecer a esos coadyuvadores de nuestra redención nacional, así como estigmatizo aquellas de sus acciones erróneas y contraproducentes.

En Junio de 1910, precisamente el año en que se inició la Revolución salvadora, el señor Gral. don Porfirio Díaz, olvidando las declaraciones hechas a Mr. Greehman, periodista norteamericano, en las cuales manifestaba que: vería con gusto la formación de partidos políticos para que entraran en lucha eleccionaria, ya que se acercaban las elecciones de Presidente de la Unión; porque él (Díaz) ya no aceptaría más reelección. Declarando, al propio tiempo, que los mexicanos ya estábamos aptos para ejercer plenamente el derecho del sufragio, escribía al Gobernador de mi Estado natal, dándole instrucciones para que mediante una farsa electoral, salieran **electos, por unanimi-**

dad popular, los representantes que debían intergar el llamado "Congreso de la Unión", para el período de 1910 a 1912.

México, Junio 10 de 1908.

Señor Gobernador
Gral. Abraham Bandala.
S. Juan Bta.

Estimado compañero y amigo:

En el documento adjunto encontrará Ud. el objeto de mi carta y cual es mi súplica. Nada, pues, tengo que agregar, porque conozco y he agradecido siempre su bondadosa deferencia, y sólo le recomiendo la exactitud de las indicaciones que me permito hacerle, afin de evitar algún trastorno que sería de transcendencia en mis compromisos. En cuanto a los claros que verá Ud., puede disponer de ellos como lo juzgue conveniente, aunque sin perder de vista su importancia, para que sus determinaciones resulten acertadas.

Reiterando a Ud. mis agradecimientos, me repito su afectísimo compañero y amigo,

(Firmado).—PORFIRIO DIAZ,—Rúbrica.

TABASCO

SENADORES

1910-1912

PROPIETARIOS:	SUPLENTES:
Jesús Castañeda.	**Lic. Ismael Pizarro Suárez.**

DIPUTADOS:

DISTRITOS:	PROPIETARIOS:
1°—S. J. Btta.	Cesáreo Garza.
2°—Cunduacán.	José Castellot (hijo).
3°—Frontera.	Victoriano Salado Alvarez.

SUPLENTES:

Lic. Domingo León.
Dr. Nicandro L. Melo.
Manuel H. Nava.

MAGISTRADOS:

Lic. Manuel García Méndez.
" Francisco Belmar.
" Alonso Rodríguez Miramón.
" Emilio Rabasa. (Textado—en su lugar). Lic. Carlos Flores.
" Francisco S. Carbajal.

Para la elección del Congreso local, el Gobernador de mi Estado consultaba con el General Díaz. He aquí el documento que confirma ese cargo:

México. Abril 23 de 1909.

Señor Gobernador

Gral. Abraham Bandala.

S. Juan Bta.

Estimado compañero y amigo:

Devuelvo a usted la lista que se sirvió enviarme, manifestándole que ninguna observación tengo que hacerle y le doy expresivas gracias por la muestra de consideración que para mí entraña su consulta.

De Ud. como siempre, compañero y amigo,

(Firmado).—PORFIRIO DIAZ.—Rúbrica.

Ante esas pantomimas eleccionarias, ante semejantes agravios y desafueros, en que los agraciados, ora por vanidad, ora por devengar una miserable propina, contribuían, con su aceptación, a una mayor desmoralización del régimen porfiriano, vienen a mi mente aquellos formidables conceptos, dichos por alguien ante un cuadro semejante: "SI LOS HOMBRES BUENOS, EJEMPLARES, NO SECUNDARAN A LOS USURPADORES DEL PODER, YA SURGIDOS DE CUARTELAZOS O POR GOLPES DE ESTADO, O BIEN POR FARSAS ELECTORALES, NO HABRIAN TIRANOS Y LAS REVOLUCIONES NO EXISTIRIAN".

Y lo dolorosamente divertido es que juraban guardar y hacer guardar la Constitución, Ley que, en la conciencia de ellos estaba su manifiesta violación.

Es indudable, señores, que en todos esos males que he enumerado y tantos otros que hemos vivido y sufrido, radica el germen de nuestras constantes y dilatadas revoluciones.

Por consiguiente, si somos verdaderos patriotas, debemos a todo trance extirparlos radicalmente de nuestro medio, salvando y engrandeciendo así, a nuestra querida Patria.

En su verdadera y filosófica acepción, en México, de cuarenta años a esta fecha, no ha habido partidos políticos. Es decir, que tales agrupaciones hayan estado inspiradas, única y exclusivamente, por el engrandecimiento nacional.

Desgraciadamente, señores, las colectividades que en México se han constituído con tal nombre, jamás se han preocupado en corregir y acabar con nuestros vicios de organización política y social. Las finalidades de acción que nuestros partidos han realizado entre nosotros, han servido sólo al medro personal de sus directores al llegar al poder, importándoles muy poco o nada, las desgracias, miserias, oscurantismo o estado de atraso en que ha vivido nuestro pueblo.

Aquí en esta tierra, señores, que nos debiera ser tan querida como sagrada, para que nunca holláramos sus instituciones, en muchísimas ocasiones los politiqueros, ambiciosos de la peor laya, han tomado por bandera lo que podríamos llamar el dolor, las lágrimas y las angustiosas necesidades de la infortunada gleba. Y, con ese lábaro del sufrir popular por bandera,, engalanan, esos politiqueros sus peroratas de falso patriotismo, patriotismo que no es sino una de tantas **habilidades del saber vivir.**

Los que ayer tremolaban sus banderas reinvindicadoras de los sagrados fueros del pueblo y de las libertades patrias, con harta hipocresía, y, a veces, hasta con desenfrenada demagogia, al coronarse el triunfo de la causa que defendieron con aparente ardor, olvidan los ofrecimientos que ayer hicieran, constituyéndose en sanguijuelas del erario nacional. Con frecuencia hemos visto a esos furibundos caudillejos que, al disfrutar del tesoro público, satirizan al pueblo cuando éste les recuerda sus promesas.

Desgraciadamente, pues, señores, la inmoralidad, la prostitución política, es lo que ha reinado en los llamados partidos políticos.

Respecto de la inmoralidad de nuestros prohombres de partido que aquí condeno, voy a recordar lo bien conocida que fué de todos nosotros la popularidad que llegó a tener en nuestro país, como joven liberal y de gran porvenir, el señor Lic. don Rodolfo Reyes, hijo del Gral. Reyes, muerto, éste, como es bien sabido, cuando el execrable cuartelazo de la Ciudadela.

Permitidme, señores, que de paso os haga notar, como un recuerdo, la conducta asaz vacilante del señor Gral. Reyes ante el gobierno del señor Gral. Díaz. El Gral. Reyes, por temor al Dictador, no se atrevió a aceptar la candidatura para la Presidencia de la República que le propuso don Francisco I. Madero.

Al triunfar Madero, el Gral. Reyes regresó al país. Ya de nuevo en el seno de la Patria este general ofreció colaborar en el gobierno de aquél. Igual oferta hizo su hijo Rodolfo, conducta que confirma una carta que el propio licenciado Reyes escribió en Junio de 1911 a un amigo mío y que a la letra dice:

México, Junio 12 de 1911.

"Estimado amigo:

"Su carta fechada el ocho de los corrientes, la estimo y agradezco como una prueba de la estimación que Ud. me profesa, supuesto que con justicia me creyó sincero durante nuestro rá-

pido conocimiento. Es ya de pública notoriedad la actitud que su patriotismo le ha fijado a mi padre, y acorde yo con esa actitud, reconozco desde este momento, como mi Jefe en política, al Sr. Madero. Hablaré, pues, con él, a efecto de emprender la campaña que usted me indica y creo pertinente y le escribiré sobre el particular, siempre y cuando naturalmente, que usted se encuentre de acuerdo con esta actitud nuestra y comprenda como nosotros que si lo que perseguimos es la salvación de principios, nada importa el sacrificio de personalidades o posiciones, todo lo cual es secundario para los que somos gobernados por ideales superiores."

"Sin más, soy de Ud. atento amigo y S. S.,

(Firmado).—RODOLFO REYES."

Increíble parece que después de estampar la firma en un documento de tal naturaleza, hayan contribuído, tanto el Lic. Reyes como el general su padre, por ambiciones de mala ley, a entorpecer el trabajo delicadísimo de organización emprendido por el señor Presidente Madero, en aquellos momentos tan críticos que en aquel entonces atravesaba nuestra querida Patria ¡Y, peor aún, después del funesto y ominoso cuartelazo de la Ciudadela!

Pues bien, señores, en tan aciagos instantes, el Lic. don Rodolfo Reyes fué uno de los que, según la opinión pública, inspiró el asesinato de aquel que, en 1911, "por patriotismo y por ideales superiores, reconocía como jefe en política".

¿No es verdad que es harto desconsolador y doloroso observar ejemplos de perversión política como el caso que acabo de citar? Sobre todo, señores, tratándose de personajes que pretenden erigirse en salvadores de la Patria.

La Revolución de hoy tiene la obligación de ir destruyendo, hasta su total extinción, tanta inmoralidad, inmoralidad que ha enervado las fuerzas vitales de México, llenando de pesimismo las buenas voluntades, retardando el feliz desenvolvimiento de la Nación, fracasando, con ello nuestra raza indoespañola.

Para ir cortando de raíz ese nuestro fiero enemigo (el envilecimiento y ruina de la Nación y de la raza por la inmoralidad) es necesario y urgente la creación y debida organización de una colectvidad, de un partido, o como quiera llamársele, y que este partido sea, en sus tendencias, liberal revolucionario, socialista, o "el partido de los patriotas", etc., pero que haga exclusión total de banderías o cualesquiera otras estrecheces sectarias, para que dicha agrupación no tenga otra idea que el engrandecimiento, prosperidad difundidos, intensa y equitativamente, por todos los ámbitos de la Patria. Que tal partido tenga el poder incontrastable de hacer que la dicha mexicana sea

oxígeno vital igualmente abundante para todos los hijos de esta tierra, para que se torne en la más amable de cuantas comarcas hayan en el globo; una colectividad, en fin, que desarrolle vigorosamente un alma, un espíritu, alta y profundamente mexicano para que lo irradie y dilate por toda la faz de nuestro país, para que semejante agrupación por crear, sea digna de los tiempos que corren, que tan urgidores y tendenciosos se han levantado, a fin de que México pueda figurar como factor eminente en el vertiginoso progreso y alta civilización que se desenvuelven en el Continente americano.

Señores, refiere el malogrado Carlos Arturo Torres, en su ensayo sobre las supersticiones políticas intitulado "Idola Fori" (Idolos del Foro") el siguiente elocuentísimo hecho: "En una de esas interminables batallas de las guerras civiles colombianas, un médico filósofo preguntó a uno de los heridos a quien retiraban, destrozados los miembros, de entre el montón de cadáveres, ¿qué motivo supremo, qué indiscutible santidad de causa le había impuesto, en forma tan cruel, el abandono de su hogar a la miseria, la matanza de sus conciudadanos y, últimamente, la ofrenda de su propia vida, porque iba a morir? La defensa de los principios de mi partido, dijo el moribundo, con noble y fiero gesto de convicción. Y podría Ud. decirme ¿en qué consisten ellos?—insistió el cirujano. Quedóse el interrogado tal como si por vez primera confrontase su inteligencia semejante cuestión. Y luego dijo, embarazada y amargamente: —En verdad, no lo sé, y nunca había pensado en ello."

Encaucemos, pues las verdaderas y justas aspiraciones de mejoramiento que ansían las clases populares de la Nación. Cristalicemos esos sentimientos, esos anhelos populares. Que esto sea el objetivo principal del partido que se organice. Así, cuando alguien nos interrogue, nos será posible contestar con verdadero conocimiento de causa y no nos sucederá lo del protagonista de la anterior narración, que tengamos que repetir dolorosamente: "EN VERDAD, NO LO SABEMOS, Y NUNCA HABIAMOS PENSADO EN ELLO."

Iniciemos, señores, la organización de un partido nacional, sin distinción de clases. en el que estén representados el obrero, el capital y todas las clases sociales del país. Mas esto debe hacerse, repito, sin exclusiones, a fin de que cese el irritante desequilibrio social y político reinante. Que la igualdad y el bienestar general sean patrimonio de todos los mexicanos, desterrando el mil veces injusto privilegio político y social que ha constituído nuestra lepra nacional. Organicemos un partido que tenga la cívica virtud de prescindir del personalismo para darle preferencia a las necesidades de la Nación.

Hay que procurar por todos los medios que nos sean posibles a nuestro pueblo y capacitarlo para la más alta, fecunda

y dichosa vida nacional para que podamos enrolarlo en la vida ciudadana.

Tales son mis juicios y apreciaciones, señores, sobre nuestros problemas nacionales, políticos y sociales, los que me permito someter a la alta y patriótica consideración de Uds. Aceptadlos como queráis, ellos constituyen mi criterio respecto de los importantes sucesos y alcances de nuestra Revolución en conexión con las causas y efectos de las otras revoluciones de nuestro pasado.

Estos juicios y evaluaciones están formados con la más sana intención y con el ferviente deseo de ver a la familia mexicana con una sola, vigorosa e inquebrantable tendencia: EL ENGRANDECIMIENTO GLORIOSO Y FELIZ DE NUESTRA PATRIA.

La Revolución actual ha puesto las bases de ese grandioso porvenir de México.

Para no malograr el prepotente empuje revolucionario, retardando con ello el avance progresivo de nuestro desenvolvimiento nacional y racial, debemos llevar al solio presidencial de la Unión, en el próximo período, a un hombre dotado de verdadero patriotismo para que siempre esté en disposición de sacrificar sus ambiciones personalistas y partidaristas por los altos y sagrados intereses nacionales, supremo final de las luchas verdaderamente democráticas; que el nuevo mandatario estudie, con amor infatigable, nuestros problemas internos y externos, y que los resuelva de la manera más fecunda y beneficiosa para el país.

Señores, creo haber fatigado demasiado vuestra benévola atención.

Voy, pues, a terminar. Pero antes de ausentarme de vosotros, deseo exhortaros para que entremos de lleno en el torneo electoral que se inicia. En tan patriótica como indispensable justa no hay que olvidar los altos y trascendentales intereses de la Patria.

Compatriotas: en estos instantes supremos, no tengamos más opinión, en esta solemne cuestión eleccionaria, que la de nuestra recta conciencia, conciencia que sólo debemos enfocar hacia la elevada visión de los altos y sagrados intereses de la Patria.

Así, pues, que las próximas elecciones no sean obra de los politiqueros de oficio, sino sean las elecciones de un pueblo consciente, no sólo de sus derechos, sino también de sus obligaciones.

Tales son mis más ardientes deseos, mis supremas esperanzas.

MSH 27144

END OF
TITLE